

## **AUTOCONOCIMIENTO Y AMOR DE DIOS. 2ª charla**

Monasterio de Santa María de Sobrado. P. Carlos G. Cuartango. 12-10-2013

Fraternidad de Laicos Cistercienses

Finalizábamos la charla anterior diciendo que no podemos llegar a Dios por el propio esfuerzo. Lo paradójico consiste en que todo esfuerzo nos lleva a constatar que sólo con él, nadie puede ni hacerse mejor ni llegar a Dios. No podemos lograr solos el ideal que amamos. En un momento dado llegamos a tocar techo en nuestras posibilidades y a comprobar que solos fracasaremos irremediabilmente y que únicamente la gracia de Dios puede cambiarnos. Si Jesús se dirige intencionadamente a los pecadores y publicanos es por la sencilla razón de que los encuentra abiertos al amor de Dios. Por el contrario, los que se tienen por justos, reducen frecuentemente sus intentos de perfección a un monorrítmico girar en torno a sí mismos. Vemos a un Jesús tierno y misericordioso con los débiles y pecadores pero aceradamente duro en su crítica contra los fariseos.

Continuando hoy, vemos cómo Jesús, con la parábola de la cizaña entre el trigo (Mt 13, 24-30), desautoriza a quienes se afanan por alcanzar los ideales a través de un buen discernimiento y separando la cizaña que crece entre el trigo en el campo del corazón humano. El ideal es aquí el hombre puro y santo, sin defectos ni debilidades. Esto mismo se puede aplicar a la Iglesia. Pero este punto de vista lleva directamente a un rigorismo tal que excluiría de la Iglesia a todos los débiles y pecadores.

Probablemente escribió Mateo esta parábola contra los rigoristas de su comunidad, pero se la puede leer con aplicación espiritual a las sombras e imperfecciones en el campo espiritual del corazón. En ella se prohíbe el rigorismo violento y drástico de uno consigo mismo. Jesús compara nuestra vida con un campo en el que Dios ha sembrado buena semilla de trigo. Llega de noche astutamente el enemigo y siembra cizaña. Los criados que preguntan si deben arrancar inmediatamente la cizaña son los idealistas rigurosos que desearían arrancar pronto y de raíz toda clase de imperfecciones. Pero el dueño responde: *No, no sea que al arrancar la cizaña arranquéis también el trigo. Dejad que crezca todo junto hasta el tiempo de la siega (Mt 12, 28)*. La cizaña tiene raíces y están tan entrecruzadas con las del trigo que no se podrían erradicar unas sin arrancar al mismo tiempo las otras. Y además dicen los expertos, que un campo de trigo sin cizaña no permite que el trigo crezca y se desarrolle bien.

El que aspira a ser impecable arranca con sus pasiones todo su dinamismo, se vacía simultáneamente de su debilidad y de su fuerza. El que aspira a una corrección impecable y a cualquier precio no verá crecer en el campo de su corazón más que raquítico trigo. Muchos idealistas viven tan concentrados sobre la cizaña espiritual de sus faltas y sobre la manera y métodos de erradicarla, que viven de hecho una vida incompleta. A fuerza de buscar perfección se vacían de dinamismo, de vitalidad, de cordialidad. La cizaña puede ser nuestras propias sombras, todo lo negativo con lo que hemos eliminado lo que nos resultaba incómodo y no rimaba con nuestros ideales prefijados. Así de sencillo. La cizaña se sembró *durante la noche*, es decir, en la oscuridad del inconsciente. Podemos estar en vela todo el día prevenidos contra lo negativo y defectuoso y venir el enemigo a hacer su siembra de cizaña en la noche. Si logramos reconciliarnos, con la cizaña podrá crecer el buen trigo en el campo de nuestra vida. Al tiempo de la siega, con la muerte, vendrá Dios a hacer la separación para arrojar la cizaña al fuego. A nosotros no nos está permitido quemarla antes de tiempo porque anularíamos también una parte de nuestra vida.

Jesús llama bienaventurados a los pobres, a los hambrientos y sedientos de justicia, a los que lloran, a los que no pueden pensar en construir sobre sí mismos y sobre lo que tienen y, en consecuencia, se ponen confiadamente en manos de Dios. Estos reciben el reino como herencia, tienen un especial sexto sentido para las cosas del reino de Dios. Ya la encarnación del Hijo de Dios, Jesús escoge para nacer un establo y no un palacio, en Belén y no en la capital del imperio. Es decir, quiere nacer en el corazón de los pobres y en la pobreza del corazón. C. G. Jung no se cansa de repetir que *no somos más que el establo en el que Dios nace*. Espiritualmente estamos tan sucios como un establo. Nada tenemos presentable al Señor pero él quiere habitar precisamente en nuestra pobreza.

Nuevamente se nos recuerda que la espiritualidad señala el camino hacia Dios partiendo de la realidad de sí mismo e incluyendo en esa realidad las faltas y fracasos.

Según André Louf el camino hacia Dios pasa siempre por la experiencia de la propia nada.

*En el momento en que ya no puedo más, cuando todo se me ha ido de las manos y lo único cierto que me queda es la constatación de mi fracaso, es precisamente entonces el momento en que ya no tengo otro remedio que el de rendirme y ponerme en manos de Dios, abrir bien mis manos y presentarlas bien abiertas ante él. La experiencia de Dios no llega nunca como recompensa a nuestro esfuerzo; es la respuesta de Dios al reconocimiento y confesión de la impotencia del hombre.*

La meta de todo camino espiritual es llegar a ponerse en manos de Dios.

Louf habla de una espiritualidad de la flaqueza. Toda práctica de ascética auténtica debe proponerse como objetivo llevar al cristiano hasta el punto cero donde se desintegran sus fuerzas y se ve confrontado con su debilidad pura y dura. Su corazón quedará quebrantado, deshecho, y lo mismo que con el corazón le sucederá con todos sus proyectos humanos de perfección. En ese corazón contrito y quebrantado por la experiencia de su radical impotencia puede penetrar la fuerza de Dios y empezar su obra de nuevo. La ascética parecerá un prodigio, un nuevo prodigio permanente en un corazón contrito confrontado con su propia impotencia y al mismo tiempo con la omnipotencia de Dios.

Dicho esto, ahora quizás nos haga falta aclarar qué significa esto de pecador, de justo, qué significa la flaqueza y la fortaleza, la riqueza y la pobreza. Es como si sólo el pecador, el débil, el pobre se diera cuenta de que vive una vida enajenada de sí mismo, que no vive desde su verdadero ser, que vive a la defensiva. El afán de perfección no es sino una manera de huir de sí mismo por miedo a enfrentarse a su ser vulnerable, único camino para ser lo que uno es, para sentirse amado por lo que se es y no por lo que uno intenta o desea o debería ser.

Todos los que estamos aquí –y quizás por eso precisamente estemos hoy aquí- tenemos un prurito de insatisfacción, un anhelo existencial que nos impulsa a buscar, a vivir sintiéndonos vivos, a vivir desde las entrañas, desde el corazón, allí donde podemos conocer el amor, ese amor que se da y que se recibe, y que es, en definitiva, el único sentido de esta vida.

Hablando de este amor, tan humano y tan divino, dice J.I. González Faus:

*No hay que esgrimir demasiado, contra el hombre, la distinción eros-ágape. Ese moralismo nos hace perder de vista hasta qué punto el hombre es un ser necesitado de afecto y gratificación y nada más que eso: cualquier psicólogo sabe muy bien cómo la falta de esos ingredientes, durante los momentos en que el hombre cuaja como hombre, supone sin más su frustración (quizás definitiva) como tal ser humano. El ser de necesidades no puede ser el ser de la gratuidad. Y sin embargo, si aquella es nuestra realidad, ésta es nuestra verdad. He aquí por qué dijimos en otro momento que el hombre es un ser a quien se le exige más de lo que puede dar. Ahí está otra vez la contradicción en el hombre. Si el amor se define como dar, como donación de sí, el darse es constantemente experimentado en el hombre como una muerte (cuando no es utilizado como una especie de trampa cazadora para recibir a través de su donación la gratitud, la dependencia, la reciprocidad, el reconocimiento del otro). Y al hombre no pertenece el morir.*

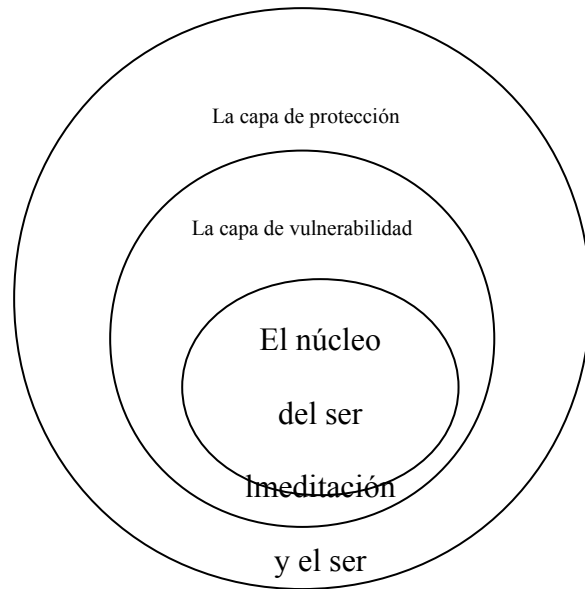
*Todos nuestros proyectos, grandes o pequeños, de comunidad y comunión, fracasan porque concebimos, con razón, la comunidad como gozo, como ser-con, y luego contrastamos que la experimentamos como totalitarismo, como muerte; y a la verdad del hombre no pertenece la muerte sino el gozo. La posible solución de hallar un equilibrio en la idea de un intercambio -dar y recibir- es una solución bien precaria pues el amor queda ahogado en cuanto se le somete al cálculo y al libro de cuentas. El amor sólo es verdaderamente gratificante cuando no se ha buscado la gratificación en él; sólo permite recibir cuando no ha exigido recibir; y cuando se le busca por el propio interés (así sea el interés más legítimo de una estabilidad psicológica absolutamente necesaria y que necesita del cariño para eso) o cuando se le quiere provocar a la fuerza o se le reclama como un derecho, entonces paradójicamente se le impide nacer y se le ahoga antes de nacer, o se le frustra por completo. Por todas partes nuestras reflexiones van a abocar a la contradicción entre necesidad y gratuidad.*

De esta reflexión de González Faus me quedaría con lo de que *el ser de necesidades no puede ser el ser de la gratuidad*, y sin embargo, paradójicamente, sólo el ser consciente de sus necesidades (pecador, débil, pobre) es el sujeto que puede abrirse a la Gracia recibiendo el regalo de la gratuidad. Este sería el ser humano celestial, divinizado, que llega a ser lo que verdaderamente es.

La espiritualidad es como un viaje de regreso a ese espacio íntimo, el más nuestro, que hemos perdido. Para ello nos vamos a servir de un modelo (“De la codependencia a la libertad”, de Krishnananda) que describe, de una forma sencilla, el proceso para regresar.

Imaginaos que estamos de pie en el centro de un gran círculo dividido en tres anillos: un anillo exterior, uno medio y otro interior. Estos círculos radian desde ti hacia fuera. Al anillo exterior le llamaremos capa de protección: éste es el hogar del adulto compensado. El segundo anillo es la capa de los sentimientos y la vulnerabilidad, el hogar del niño vulnerable. Finalmente, el centro es el núcleo del ser esencial y el hogar del espíritu. Allí nos encontramos con nuestra energía fluida y espontánea, y podemos mirar todo lo que sucede dentro y fuera de nosotros con amplitud y objetividad. En su forma más elevada, constituye un estado de armonía con nosotros mismo y con la vida; éste es el centro que los místicos han descrito a través de los tiempos como un estado de unidad con la existencia. Nuestro viaje es para regresar a este núcleo interior.

La mayor parte del tiempo vivimos en la capa exterior, la capa de protección. Éste es un estado de control donde estamos protegidos (hasta cierto punto) de nuestros miedos, y muy raramente somos conscientes de que nos encontramos allí o del por qué nos encontramos allí. Se nos ha hecho familiar y vivimos allí no por elección, sino de forma inconsciente. A menos que realicemos un trabajo interior, podemos fácilmente pasar allí la vida entera. La mayor parte de la gente lo hace.



¿Cómo se vive la espiritualidad desde la capa de protección? Lo normal es que se rinda culto al superyó en lugar de a Dios. Domina la exigencia, el perfeccionismo, y por más que uno combata y se esfuerce, lo único que va a hacer es dar vueltas sobre sí mismo, hipertrofiando el ego. Es un camino sin salida, el camino del fariseo, del narcisista, que tiene ante sí su propio rostro. Estamos en el régimen de la Ley, expuestos a confundir la espiritualidad con la ideología.

Vivir en una capa de protección es algo seguro, conocido y sin peligro, pero es algo vacío y eventualmente -de una forma u otra- la vida comienza a indicarnos que algo va mal. No obstante, cuando nos aventuramos a entrar en la capa de la vulnerabilidad y los sentimientos, nos asaltan recuerdos de tiempos pasados (cuando no se respetó nuestra vulnerabilidad), recuerdos y sentimientos de traición. Nos asusta ir allí debido a estos recuerdos. Una parte de nosotros hace todo lo que puede por evitar sentir ese dolor y ansiedad, manteniéndonos en el reino de lo seguro y conocido.

Otra parte de nosotros sabe que para completar nuestro viaje de vuelta al núcleo no tenemos más alternativa que investigar la capa del medio. Una energía desconocida y misteriosa nos empuja hacia el centro, respondiendo a una llamada que proviene de Dios mismo, y esa parte tiene el valor para enfrentar el dolor y el miedo intrínsecos en el hecho de reclamar nuestra vulnerabilidad. Nos movemos constantemente entre esas dos fuerzas opuestas: una que nos mantiene inconscientes pero seguros y la otra que nos inclina hacia lo desconocido y hacia una verdad más profunda. La espiritualidad desde la capa de vulnerabilidad está dirigida por la fe, se abre a algo mayor que el superyó y la conciencia, a ese Dios increíble y desconocido, el Dios del Amor incondicional que nos introduce en el reino de la Gracia.

### **Preguntas para la reflexión:**

1.- *¿Qué resonancias tiene en mi aquello que decía André Louf: La experiencia de Dios no llega nunca como recompensa a nuestro esfuerzo; es la respuesta de Dios al reconocimiento y confesión de la impotencia del hombre. La meta de todo camino espiritual es llegar a ponerse en manos de Dios?*



2.- ¿Qué ecos me suscita que *el ser de necesidades no puede ser el ser de la gratuidad*? Es decir, que paradójicamente, sólo el ser consciente de sus necesidades (pecador, débil, pobre) es el sujeto que puede abrirse a la Gracia recibiendo el regalo de la gratuidad.

3.- ¿Me doy cuenta de que la espiritualidad vivida desde la capa de protección rinde culto al superyó en lugar de a Dios, estando expuestos a confundir la espiritualidad con la ideología?

4.- ¿Soy consciente que la espiritualidad vivida desde la capa de vulnerabilidad está dirigida por la fe, se abre a algo mayor que el superyó y la conciencia, a ese Dios increíble y desconocido, el Dios del Amor incondicional que nos introduce en el reino de la Gracia?